

Residuos nacionalistas

El Diario Vasco, 1991-07-11: 19.

He leído "Las razones residuales del viejo nacionalismo" que expone el historiador José Luis Orella Unzué en su artículo del 2 de julio en *El Diario Vasco*; se trata de una reflexión honda y perspicaz, como la que trasciende toda su obra. En esta ocasión periodística parte de los nacionalismos más próximos a nosotros en la geografía y la historia para terminar señalando a los vascos sus conclusiones de cara a la cita política de la Europa unida.

Efectivamente, los nacionalistas tienen razones que les son comunes, lo que, dicho de otro modo, significa que el nacionalismo histórico se ha ido reflejando de forma particular en el nacionalismo inglés, español, vasco, portugués, gallego y catalán que él cita, en coyunturas muy diversas, hasta de signo opuesto. Resulta clarificador valorar un aspecto radical del fenómeno; el nacionalismo coactivo de los Estados difiere esencialmente del que defiende de la imposición; así como la aún reciente fiesta de la raza española, o la lengua "del Imperio" que dice Nebrija a fines del siglo XV frente a América, son de signo opuesto a la defensiva del vasco luchando contra la asimilación; como la historia que enseñaba la Francia colonial en las escuelas de Argelia; "nos ancêtres les gaullois" (nuestros antepasados los galos) entraña un sentido muy distinto al practicado por los nacionalistas argelinos luchando por su identidad étnica y cultural.

Se trata del mismo fenómeno en función de una moral opuesta.

Es cierto que por exigencias del desarrollo, y digamos también del progreso, estamos abocados a la unidad económica europea y la adopción de medidas comunes de desarrollo que resultan ser políticas, y que los rasgos de identidad de los pueblos que podrán sobrevivir serán pocos. Ya se sabe que en el curso de la evolución siempre se producen unos desgastes, por una parte, y unas adherencias por otra, y si son de confrontación, el inevitable proceso de asimilación a favor de los grandes. Esto es evidente. Pero, esta unidad europea, ¿en qué dirección, con qué módulos y en busca de qué resultados vamos a dar juntos estos pasos? Esperamos que en la libertad, incluida la de las minorías. El Estado, fruto de las violencias, ¿va a seguir imponiendo la uniformidad a la vieja manera de la "una y grande" o la lucha de clases? Se van a cometer los mismos errores que aquellos en que incurrieron los grandes Estados que han descuartizado Europa muchas veces "a mayor gloria" de los grandes ejércitos y las ideologías totalitarias que han convertido sus dominios en unos Estados carceleros que se han agrietado demasiado tarde para salvar de la tortura, el olvido y la muerte de muchos millones de europeos. ¿Va a hacer Europa en casa lo que hizo en Africa?

Entonces, ¿no hemos aprendido nada?

También se argumenta, no con la malicia explícita, sino en la inocente fuerza natural de los grandes (¿qué se le va a hacer, somos grandes, y ustedes no!) para destacar a los pequeños. Sin embargo, yo creo, acaso ingenuamente, en el proyecto

europeo que promovieron los utópicos: Schuman, Bidault y Pezet conviviendo después de la guerra mundial con de Gasperi y Adenauer, junto con belgas y holandeses, y vascos como Aguirre, Landaburu, Irujo; tener fe en Europa, como creía el presidente Aguirre, no significa renunciar a la fe en el hombre, en la persona y en los pueblos. Claro que tendremos que ir abandonando todos en el camino muchas cosas que amamos a través de esta evolución que se impone para construir juntos algo capaz de enfrentarse a los muchos desafíos que se le están planteando al hombre. Pero quiero creer que los principios que se anuncian afloran a partir de la noción de libertad que está en los principios mismos de este proceso, en el que no sólo las grandes culturas, las grandes economías, las lenguas de difusión universal se preparan a conservar lo suyo, sino también los pequeños; que los juicios de medida no estarán en las intolerancias nacionalistas coactivos de los Estados, sino en la mente europea de un orden nuevo y más abierto, menos conchudo y revanchista.

En esta justicia nueva creo.

Y creo, acaso por necesidad, que no significa partir de cero, sino del derecho natural a la vida y al respeto mutuo. Sobre los tres campos que distingue bien el señor Orella Unzue: la autonomía política compartida en Europa con el nombre que sea; la voluntad popular, que no se puede coartar, porque en algo básico se tiene que articular la democracia; la lengua, con medios para su desarrollo según esa voluntad respetable de los pueblos; hablando todos la propia lengua y una más de comunicación, por lo menos; en el respeto de sus funciones mínimas vitales dentro de cada territorio, con tribunales plurales en cultura.

Todos entran en objetivos europeos comunes cada vez más amplios, y el tiempo de la libertad dirá la manera en que irán reduciéndose las diferencias ("las razones residuales"), y sumándonos un poco más a la parcela común que reconocerán nuestros biznietos como suya sin violencia subrepticia. Contra esta ley de vida no estoy, no puedo estar; pero no creo tampoco poder empezar a prejuizar desde hoy qué diferencias van a prevalecer mirando a través del prisma de las prepotencias actuales.

Coincido con el señor Orella Unzue plenamente: los ñacinos de turno ya están en camino de descafeinar por su cuenta a nuestro pueblo, pero confío en que Euskal Herria sabrá reaccionar para defender su derecho a existir de manera defensiva, pero aguerrida, luchando contra la violencia centralista que ha logrado prosperar aquí a través de los Quisling circunstanciales con que jugó la Alemania nazi en la Europa que quiso fabricar a espaldas del sentimiento de libertad que anidan los pueblos de Europa.

En cuanto a su conclusión, efectivamente, su análisis es pesimista. Nace, creo yo, del juicio acerca de lo que puede o debe de hecho va a ocurrir, prejuizar con los ojos y la mente de la civilización de los Estados de hoy para tan largo me parece demasiado. Estoy seguro de su sinceridad y acaso su visión se acerque más a la verdad razonable; es de agradecer ese vuelco del alma del historiador pero el poeta que es de algún modo el narrador que soy yo, advierte que el papel de los Estados está comenzando a desvirtuarse y que los pueblos, quedan para formar la Europa que necesitamos.

Mi esquema es sencillo: no hay internacionalidad sin nación, no hay nación sin pueblo, ni pueblo sin el ser humano cuya cibernética interior precede a la cibernética electrónica más desarrollada. Y confío que esta lección del desmoronamiento del

imperio mayor de Europa en nuestros días ha de pesar con el escarmiento, en el futuro que ya es mañana.

La utopía de la convivencia plural es posible, hay que sembrarla, porque también la esperanza y la desesperación se siembra.